

ORAR CON LOS SALMOS

Salmo 131 (130): Un niño en brazos de su madre

La dulce imagen que encierran las pocas líneas de este salmo de confianza lo han convertido en uno de los más apreciados de la tradición cristiana.

Es el canto de una confianza espontánea y absoluta, casi instintiva, semejante precisamente a la adhesión afectuosa y serena de un niño a la persona que constituye su seguridad y su paz, es decir, a su madre.

No se trata, sin embargo, como muchos piensan, del niño que aún mama; el término hebreo utilizado define al niño destetado y la imagen, por tanto, es la muy oriental del bebé que la madre lleva a cuestas.

Hay, pues, una intimidad más consciente. Isaías ya había cantado la relación entre Israel y su Dios precisamente a partir del simbolismo materno: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49,15).

A esta intimidad, que no comprenden quienes tienen el corazón hinchado de orgullo y aspiran a un éxito clamoroso, el poeta llama al final a todo Israel: «Espere Israel en el Señor ahora y por siempre» (v. 3).

Gianfranco Ravasi

Salmo 131 (130)

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.

Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.

ORAR CON LOS SALMOS

Salmo 139 (138): Señor, tú me sondeas y me conoces

He aquí otra obra maestra del Salterio, un himno al Dios infinito, omnisciente, omnipotente, un himno de gran poder y soberana belleza. El himno, de calidad sapiencial, revela contactos con pasajes de Jeremías y Job: fue compuesto, por tanto, en la época postexílica (a partir del siglo v a.C.).

Es difícil dar cuenta en unas pocas notas de las numerosas riquezas contenidas en estas cuatro estrofas dedicadas a la omnisciencia (vv. 1-6), la omnipresencia divina (vv. 7-12), la creación del hombre (vv. 13-18) y el juicio divino sobre los malvados (vv. 19- 24).

Baste mencionar la sorpresa del hombre cuando ve que Dios ya conoce su discurso desde la primera palabra (v. 4), su vana huida de Dios en una alocada huida hacia los cielos, hacia los infiernos, hacia la aurora y hacia los confines de la tierra (vv. 8-9), la oscuridad que se hace transparente a la mirada de Dios (vv. 11-12), el «tejido» del embrión en el vientre de su madre, un bordado de incomparable belleza (vv. 13-15), la biografía de cada hombre ya escrita por Dios en su libro antes de que existan nuestros días (v. 16), el amargo desprecio por los malvados que se engañan a sí mismos rompiendo la obra divina (vv. 19-22)... Es el canto del encuentro entre dos misterios, el misterio infinito de Dios y el del hombre criatura «admirable» (v. 14).

Salmo 139-138

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;

si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.